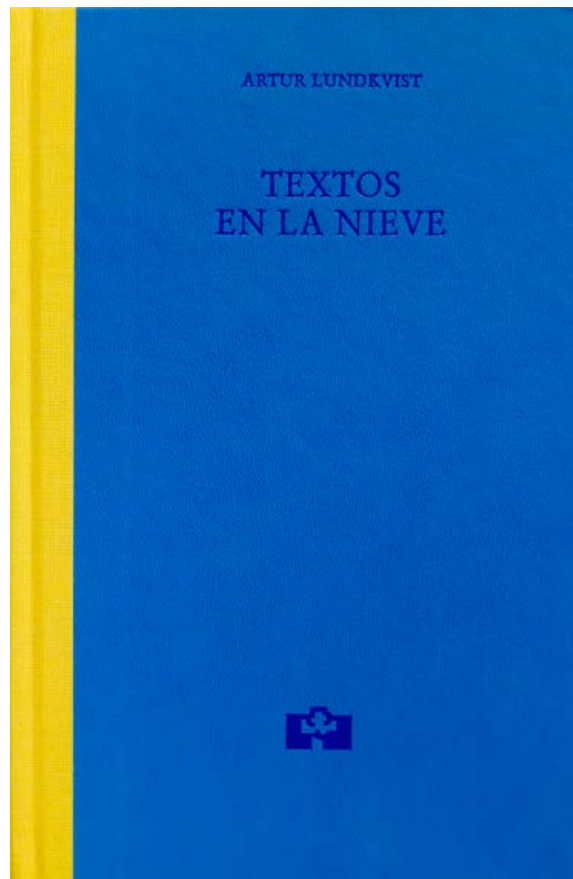


Los buenos instrumentos

Antonio Piedra



Tengo que decirlo con absoluta sinceridad. Antes de la publicación de *Textos en la nieve* –título que eligió Francisco Uriz para su antología sobre Artur Lundkvist, que el poeta aragonés tradujo y publicó en la Fundación Jorge Guillén en el año 2002–, mi experiencia personal con el creador sueco se había reducido, en la práctica, a una serie de lecturas inducidas buscando el sentido provechoso que tienen los maestros clásicos, y que ya apuntaba Séneca en su *Epístola 35*: que todo cuanto intuimos en sus pensamientos y leemos en sus palabras se convierte, a la postre, en una elección tanto por lo que en él se ve como por lo que en él podemos oír.

Una tarde de 1977 –a los pocos días de la concesión del premio Nobel a Vicente Aleixandre, cuya candidatura defendió Lundkvist con gran acierto y rigor–, Jorge Guillén charlaba animada y pasionalmente en su casa malagueña con el poeta francés Claude Esteban sobre unos poemas de Lundkvist, que aparecían en una antología francesa. Posiblemente se tratara de la edición de Caillois y Lambert, *Trésor de la Poésie universelle*, que publicaron Gallimard y la Unesco en 1958. Lo cierto es que el maestro del 27, entusiasmado con los poemas de Artur, saltaba del texto francés al testigo principiante en poesía, que entonces era yo, para empujarme a

la lectura y a la acción: “Mira, esto es fantástico, pero siempre me acosa una duda: ¿cómo se dirá realmente todo esto en sueco?”.

Y con esta impresión fervorosa e inquisitiva –Guillén murió en 1984– tuve que leer gran parte de lo publicado en español sobre Lundkvist porque el Maestro, de vez en cuando –su pasión por los libros se identificaba con un modo de vivir–, me sometía a riguroso examen. Leí, en primer lugar, *Agadir*, que tradujo Francisco Uriz –y que Ángel Crespo publicó como primicia en Puerto Rico en 1971–, cuya reedición realizó Seix Barral en 1974. Seguí con *Huellas en la tierra* –también traducido por Uriz

el mismo año en Plaza y Janés—, y más tarde con las traducciones de René Vázquez Díaz: *Textos del ocaso*, 1984, *La imagen desnuda*, en 1987 con ilustraciones de Antonio Saura, o *Viajes del sueño y la fantasía*, 1989. Y así, sencillamente, bajo la sagacidad guilleniana, me convertí en lector habitual de Lundkvist en español, siguiendo aquello que estuvo vigente en traducción desde el medievo, y que Uriz convirtió en realidad: “Instrumenta bonum faciunt bona saepe magistrum”, los buenos instrumentos hacen a menudo bueno al maestro.

Cuando años más tarde —a finales de los noventa—, fruto de la amistad y del trabajo, apareció en mi vida el traductor, que es Francisco Uriz, con un proyecto editorial abriendo catas en las direcciones más inéditas y en las profundidades más sugerentes, esparcidas nada menos que en 27 libros de Lundkvist —el más ambicioso proyecto en español sobre el autor—, ante ese efecto multiplicador de un mundo tan original y rotundo, me ocurrió lo mismo, exactamente lo mismo, que al propio Artur cuando hablaba en *El esplendor del mundo*, en referencia a Pablo Neruda, de lo imponente que supone descubrir las presencias telúricas o metafísicas que nos hacen exclamar: “Los monstruos prehistóricos que creíamos vencidos han vuelto una vez más” para desbordar las esclusas del conocimiento y del vacío.

Vuelvo a releer, para este homenaje concreto que hace *Crisis* al poeta sueco, la traducción antológica de *Textos en la nieve* realizada por Uriz —título que proviene del poemario del mismo nombre que publica Lundkvist en 1964—, y todas las dudas metódicas que planteaba Jorge Guillén sobre la tarea del traductor se me han despejado. Desde Horacio sabemos muy bien —lo dice en su *Ars Poética*, 133, para uso de navegantes— que el esfuerzo del traductor está por muy encima de traducir palabra por

palabra como fidelidad remanente. A esto, sencillamente, lo calificaba Platón como auténtico sepulcro del lenguaje. Y por esto mismo, cuando a Uriz —después de dos premios nacionales de traducción en España— le hacen sistemáticamente la pregunta de lo que significa un buen traductor, responde, con la sorna que le caracterizan, que hablamos, esencialmente, de cinco principios básicos: de “amor o, por lo menos, de afición a la literatura”, de conocimiento directo del idioma y “del país”, de “traducir lo que pone”, de *confiar* o *averiguar* lo que el autor sabe y dice como nadie, y finalmente de “elegir” todos estos instrumentos dentro de un estilo: el del propio escritor en su lenguaje.

La antología de *Textos en la nieve*, de 2002 —que como editor fue para mí un reconocimiento cabal al gran poeta nórdico y a su traductor al español—, tiene una gran ventaja sobre el montón de traducciones modernas que se hacen de un idioma u otro ignorando, a veces, el texto primigenio. En este caso no hablamos de trueques intermedios —traducir del inglés o del francés un texto sueco—, sino de la aplicación rigurosa de estos principios enunciados por Uriz que van de mano en mano del autor al traductor. Tanto Lundkvist como Uriz no sólo fueron amigos en el sentido guilleniano del término —“amigos, nada más, el resto es selva”—, sino que hablaban indistintamente en sueco o en español para concretar aquella dicha que era tan fundamental en el *Quijote*. Me refiero a la que se describe en el Capítulo VI de la segunda parte cuando se llega al escrutinio de los libros fundamentales y aparecen de repente las traducciones más esenciales de la vida: aquellas que identifican al traductor con lo traducido con una delicadeza singular, pues como dice ahí el cura, se trata de textos que elevan su singularidad a “su primer nacimiento”.

El resto de los otros cuatro principios antedichos, como ocurre en los vasos comunicantes, se dan en Lundkvist y Uriz de modo natural. Los dos conocen Suecia y España como la palma de la mano, ambos confiaban en las palabras y en las averiguaciones del alma con una doble nacionalidad, y el traductor sabía elegir del autor aquellos contornos más enigmáticos que, a veces, el propio traducido había olvidado del todo. Por tanto, estamos ante un caso excepcional de traducción dialogada y que, después de la muerte de Lundkvist acaecida en 1991, se adentra en zapatillas con la originalidad más compleja de las letras hispanas.

Poco importa que la figura de Lundkvist, como ocurre en parte con la gran literatura sueca, no tenga en España la repercusión debida o que merece. Lo definitivo es la existencia de traducciones como *Textos en la nieve* que someten la modernidad literaria al cerco de un verdadero hombre con un estilo propio, una metafísica cuajada, y un mundo en el que ese hombre —“ser persona es lo más difícil de la vida”, señalaba Gracián en el *Criticón*—, con su vida y su pensamiento, propone un futuro distinto para la humanidad. En definitiva, que hablamos de libros —eso supuso para mí la lectura de Lundkvist en *Textos en la nieve* de Uriz— que, una vez leídos, nunca se separan de uno porque de sus líneas siempre salta una verdad inédita, y ponen un clasicismo en órbita.